

## SEMBLANZA DE LUIS BELLO (1872-1935), UN NOVENTAYOCHISTA «MENOR».

La escasa iconografía que poseemos de Luis Bello presenta a un hombre llamativo en razón de su alta estatura y gran delgadez como notas destacadas en su pergeño, pormenores a los cuales habrían de añadirse otros indumentarios y anímicos, ofrecidos por algunos colegas coetáneos que, brevemente, le retrataron, caso de Ramón Pérez de Ayala –quien le convierte en el personaje «Hermoso» de la novela *Troteras y danzaderas* (1913), presentándole como «un individuo flaco, alto y mal trajeado, encarnación austera de la ecuanimidad»-, Azorín –prologuista del *Viaje por las escuelas de España* (1927) y buen amigo suyo, lo presenta así: «es alto, erguido, enjuto de carnes, con los miembros ágiles y delgado. Sus ojos [...] destellan un poquito de cansancio y de melancolía. Por debajo de su blanco sombrero asoma una simpática melenita gris, cenicienta»-, Ricardo Baroja (1989) –su contertulio en el café Madrid, donde «conocí a Luis Bello, alto, desgarrado, serio. Soñaba con escribir [...] una crónica»-, César González Ruano (1951) –que le leía en *El Sol* y coincidía con él en la cervecería de la Glorieta de Bilbao: «era un hombre triste, de aspecto usado y cansadísimo»-, Federico García Sanchiz (1959) –que acaso le tuvo como compañero de tertulia y de redacción, le recuerda «largo y pálido, era como un cirio con relieves. Mas al pronto encendíase, sin aire de resplandecer o iluminarnos a los demás»- y Federico Carlos Sainz de Robles (1971) –quien le incluye en su galería de escritores fuera del canon más habitual y le evoca así: «Caminaba como si fuera a caerse de un momento a otro en tres o cuatro dobleces. Su cuerpo era pura abstinencia cuaresmal. Su pelo liso y largo, con reborde sobre la nuca, entreverado de rubio deslucido y de gris ceniza, le derramaba mechones sobre la frente y las orejas»-

Visiones éstas presididas por la amistad con las cuales contrasta el testimonio de Víctor Ruiz Albéniz (1944), que parece reparar sólo en muy otros pormenores: «Mal trajeado, sucio, titubeante en el andar, malintencionado en la discusión, casi siempre corto de palabras por su cuenta, pero empleando las suficientes para demoler un prestigio o poner en ridículo a un oponente, si que también para hacer alarde de su sólida erudición política, histórica y literaria».

Luis Bello Trompeta nació en Alba de Tormes (provincia de Salamanca) el día 6 de diciembre de 1872 pero muy pronto se desvincularía de la tierra natal, recordada al paso cuando (década de los 20), viajero por las escuelas de España, se adentra en Castilla y León y escribe:

Vamos a remontar el Tormes, camino de Alba, villa donde nací y donde no conservo raíces familiares, ni otro bien, ni otra tierra que la de alguna tumba. Basta con el bien de la vida. Pero hay algo en el cielo claro, en la luz clara, que me trae lejanas evocaciones, sin duda voluntarias, como un deseo de reconocer aquella primera luz de infancia y aquel suelo donde di los primeros pasos. Esta divina claridad y esta serena y diáfana amplitud de horizonte, así como la vibración azul que trae el aire y que acaricia ojos y frente, yo las tengo por mías y quiero creer que son mi patrimonio de Alba<sup>1</sup>.

Hizo estudios primarios durante algún tiempo en una escuela de Luarca (Asturias) —recuerda solamente «una habitación oscura que olía a vacas y a paja húmeda, y en la puerta, una doble fila de zuecos que dejábamos al entrar. Veo vagamente a los chicos persiguiendo a las chicas, y siento el calor de la mano que me sacaba de allí»<sup>2</sup>; los prosiguió en un colegio madrileño: «aulas enormes, largos corredores, con ladrillos rotos que suenan al pisar. Una fuente de latón clavada en la pared con agua que sabe a hojalata y a barniz. ¡Y los pies siempre fríos!»<sup>3</sup>; enseguida, otra escuela en un lugar «a seis leguas» de la Villa y Corte, a cargo de un maestro que empleaba la palmeta. Cabe preguntarse si no serían los tristes recuerdos escolares propios motivo inicial para que Luis Bello se interesara años más tarde por la suerte de las escuelas, los niños y los maestros españoles.

Junto a esos recuerdos hubo otros más placenteros como las correrías fuera de la escuela —«Cuando yo era chico, al salir de clase por la tarde, a las cinco, me acuerdo de haberme escapado muchas veces en pandilla para tomar parte en las pedreas. El enemigo era otro colegio —el ciceroniano contra la Institución—, y el campo de batalla iba hasta el cuartel de la Montaña»<sup>4</sup> y, también, algunas de las lecturas infantiles y adolescentes, tan aleccionadoras a veces como un cuento que traía el *Sema-*

---

<sup>1</sup> Bello, 1926: I, 163.

<sup>2</sup> Bello, 1926: I, 19.

<sup>3</sup> Bello, 1926: I, 19-20.

<sup>4</sup> Bello, 1919: 189.

*nario Pintoresco Español*: «Allí encontramos [su hermano Francisco y él] por primera vez el antipático refrán *Piedra movediza no cría moho* y era en un cuento muy sensato, escrito para demostrar que la fortuna se halla en la constancia y en el buen asiento. Entonces comenzó nuestra invencible inclinación hacia las pobres piedras movedizas, que nunca serán favorecidas por el moho»<sup>5</sup>, o algunos estimulantes relatos de aventuras: «Hace ya muchos años el capitán Hatteras y el capitán Nemo, dotados de una deliciosa e invencible voluntad folletinesca, despertaron en mí la admiración y estimularon mi afán por las aventuras imprevistas y maravillosas»<sup>6</sup>.

Bello se licenció en Leyes por la Universidad Central de Madrid y comenzó a ejercer como pasante en el bufete del político liberal José Canalejas, pero pronto derivó hacia el periodismo y la política activa. Antes de repasar una y otra dedicación me referiré a otras de sus actividades como la condición de tertuliano ejercida, v. g., en el café Madrid —una reunión de escritores que presidía Valle-Inclán, a quien acompañaban Benavente, Ramiro de Maeztu y Rubén Darío<sup>7</sup>, como principales figuras junto a colegas de menor nombradía como Antonio Palomero, Ramón de Godoy o Camilo Bargiela—. Localizado el recuerdo en otro café de la Villa y Corte, concurrido por gente de letras, Emilio Carrere convoca en el poema *Viejos cafés* a unos cuantos compañeros entre los cuales está nuestro autor:

Bohemia del año diez: chambergos, pipas,  
Melenas y pergeños arbitrarios;  
En honor de Rubén se quemaba un incienso  
De exaltación y ensueño, en todos los cenáculos.  
Nuevo Levante, alegre Parnasillo  
-Beethoven y Mozart, en el piano-,  
melenas merovingias de Valle-Inclán, monóculo  
de Azorín; de Bargiela, los tremendos mostachos.  
El poeta Godoy, que de un museo  
De figuras de cera parecía arrancado;  
La traza quijotesca —y el alma— de Luis Bello.

Ya en la década de los 20, tras la publicación del *Viaje por las escuelas de España*, se rindió un homenaje a Bello en la tertulia ramoniana de Pombo, según testimonio Sainz de Robles<sup>8</sup>: «debió de ser entre 1924 y 1928, en que Ramón Gómez de

---

<sup>5</sup> Bello, 1907: 7-8.

<sup>6</sup> Bello, 1907: 162.

<sup>7</sup> Se conserva una carta de Rubén Darío, fechada en Villa «El Torrero» (Palma de Mallorca) el 18-I-1906, relativa a una colaboración para *Los Lunes de El Imparcial*, dirigidos entonces por Bello: «En cuanto a usted, sabe que nuestra amistad, de cabeza y de corazón, se fortifica más cada día. [...] Conforme con sus deseos, colaboraré, con la frecuencia que pueda. Prosa o verso» (Darío, 1926: 154-155).

<sup>8</sup> Sainz de Robles, 1971: 52-53.

la Serna organizó en Pombo un banquete en honor de Luis Bello [...]. Cuando ya estaba en Pombo un centenar de comensales y sólo faltaba la llegada de Bello, llegó una carta de éste excusando su asistencia por motivo de repentino viaje. [...] se puso en la presidencia un muñeco grotesco vestido de chino sin mandarínato, en cuyo pecho iba prendido este aviso: REPRESENTO A LUIS BELLO».

Junto a la actividad tertuliana, Bello se complacía entonces –años de mocedad- en pasear, atento y gustoso observador, por algunos pintorescos parajes madrileños, cargados de remembranzas históricas y literarias, primera fuente documental de su libro sobre la Villa y Corte:

Yo he tenido en la mocedad el amor a lo pintoresco, y Madrid estaba para mí lleno de encantos, que le absolvían de todas sus culpas. Yo he ido por las calles vecinas a la cruz del Humilladero y a la Moreña guiado por las leyendas de Mesonero Romanos y las malicias de don Ramón de la Cruz. Yo he bajado las gradas de piedra del callejón de Cuchilleros quizá en busca de Fortunata<sup>9</sup>.

Mencionaré, ateniéndome a la cronología, otras muestras de su actividad durante el primer tercio del siglo como los manifiestos que firmó para protestar contra una concreta situación literaria –en marzo de 1905, por ejemplo, lo hizo en el escrito de los jóvenes literatos (noventayochistas, modernistas e independientes) discrepantes con los honores rendidos a Echegaray en ocasión de su medio premio Nobel de Literatura: «Parte de la Prensa inicia la idea de un homenaje a don José Echegaray, y se arroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho a ser incluidos en ella [...], hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros y nuestras admiraciones muy distintas», o, en otras circunstancias, para adherirse a proyectos como la fundación en 1913 de la Liga de Educación Política, auspiciada por Ortega, subrayándose en tal manifiesto la necesidad de promover las acciones conducentes a que el ciudadano español salga, en cuanto elector potencial, del marasmo y de la rutina y comience a pensar y a elegir responsablemente. Añádanse otros varios de índole marcadamente política como un manifiesto de 1926 (11 de febrero) encaminado a la constitución de una fuerza opositora a la Dictadura de Primo de Rivera y a la Monarquía, llamada Alianza Republicana y que integraban, junto con Acción Republicana (de Manuel Azaña), núcleo principal, diversas agrupaciones conformes en poner remedio a una situación nacional indeseable y una carta de abril de 1930 dirigida al presidente del gobierno, general Dámaso Berenguer, protestando de la prohibición por la censura de la representación de la pieza *Los mesianistas*, de Maxwell Anderson y Harold Hickerson, inspirada en los sucesos del ajusticiamiento de los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti. Importan dos más, de carácter literario ambos: adhesión a la propuesta, encabezada por Valle-Inclán, a favor de la candidatura de Manuel Azaña para presidir el Ateneo de Madrid

---

<sup>9</sup> Bello, 1919: 31.

y adhesión, igualmente, a la convocatoria de un homenaje al escritor y periodista Manuel Ciges Aparicio, celebrado en el hotel Florida, próxima ya la proclamación de la República. Habría más aún: sus conferencias –Bello pronunció algunas que llamaron la atención por la relativa novedad del asunto abordado, como ocurrió con la dedicada al cine (Madrid, teatro de la Comedia, 26 de noviembre de 1912)-; los viajes y estancias en el extranjero: la corresponsalía parisina que dio lugar a las crónicas reunidas en *El tributo a París* o una breve recalada en Argelia, de la que sólo sabemos lo que él mismo apunta al paso: «Viajando por la costa de Argelia llegué un día a las ruinas de Cesárea [...] Era en invierno y el sol me bañaba en risueña lumbre primaveral»<sup>10</sup>. Contará asimismo el viaje a París y a Londres, julio de 1914, días antes de que estallase la guerra europea y, mucho más movido e impresionante, el que hizo en la primeras semanas de septiembre de 1917 al frente italiano en la región friulana (Udina), atendiendo una invitación del mando aliado (le acompañaban Unamuno, Américo Castro, Azaña y Santiago Rusiñol); Bello militaba entre los intelectuales españoles aliadófilos y sus artículos no sólo versan sobre la guerra pues tanto el arte y la historia como el paisaje y el paisanaje llaman su atención.

Continúo presentando un repertorio de variados sucesos correspondientes a las décadas segunda y tercera del siglo XX y que en cierta medida ayudan a conformar un perfil de nuestro escritor, disconforme en 1912 con la elección de Ricardo León como académico de la Lengua y no menos disconforme –1920- con el éxito obtenido por la narrativa erótica de Felipe Trigo y otros promocionistas de *El Cuento Semanal*, cultivadores de un género inferior o «fuera de la literatura», triste «estado moral el de un pueblo donde eso alcanza un desarrollo desproporcionado y en que hace falta mezclar afrodisíacos a la letra de molde para atraer nuevos lectores». Menos mal que coetáneamente se estaba produciendo una literatura diferente a cargo de jóvenes escritores como Antonio Espina, el autor de *Luna de copas* (1929), que ofrece «todos los elementos de novela realista, de novela naturalista, de novela romántica trabajados según los nuevos procedimientos».

Proclamada la República en abril de 1931, a cuyo logro había contribuido, entra Luis Bello en la última fase de su vida, cuando ha de verse muy intensificada su actividad política y periodística y por lo que recibiría violentos ataques como los de Manuel Delgado Barreto desde las páginas de *Gracia y Justicia*, semanario fundado en 1931 que se subtitulaba «órgano extremista del humorismo nacional», dispuesto a «predicar la Justicia y hacerlo con Gracia». Creado por el nuevo régimen el Patronato de Misiones Pedagógicas, que presidía el institucionista Manuel Bartolomé Cossío, Bello fue miembro del mismo y contribuyó en la medida de sus fuerzas y ocupaciones al éxito de sus trabajos –charlas de divulgación, pequeñas bibliotecas y pequeños museos, representaciones teatrales-, desarrollados preferentemente en las atrasadas zonas rurales.

---

<sup>10</sup> Bello, 1919: 11.

Murió Luis Bello el 6 de noviembre de 1935 en Madrid: una úlcera de estómago fue la causa; el entierro, cuyos gastos pagó la Asociación de la Prensa Madrileña, se efectuó al día siguiente desde la casa mortuoria (calle López de Hoyos 5) al cementerio civil. Ideológicamente, por encima de transitorias adscripciones partidarias, Bello era un liberal republicano que militaba dentro del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y muy próximo a Ortega; como tal sería reconocido en las notas necrológicas aparecidas en la prensa, como la del redactor anónimo de *El Sol* (7-XI) para quien: «Su vida ha sido una línea recta, vida insobornable, altiva en el decoro de su pobreza y de su honradez».

### Periodismo y política.

La actividad periodística de Luis Bello comenzó muy pronto y se mantuvo regularmente, incluso durante algún tiempo de preferente dedicación a la política, hasta 1935, año de su muerte. Sostenido ese menester por una segura vocación y unas relevantes cualidades para ejercerlo; convertido también en medio de vida. Fue redactor de noticias en sus comienzos y, no tardando, especializado en el tratamiento de determinados asuntos y colaborador sobre cuestiones de actualidad o propiamente literarias (en *El Sol*, por ejemplo, tuvo a su cargo algún tiempo la crítica de libros); fue asimismo director y fundador de varias publicaciones periódicas. Alcanzó prestigio por este trabajo y algunos colegas recordarían agradecidos la ayuda que les brindó en algún momento de su carrera, como es el caso de Emilio Carrere en sus comienzos modernistas y bohemios: «En los periódicos se reían de mis pelos largos y de mi cachimba y me llamaban *modernista*. Me devolvieron sistemáticamente, durante cinco años, todos mis poemas [...] Pude, al fin, romper el hielo gracias a Luis Bello, que me publicó cosas en *Nuevo Mundo* y después en *El Imparcial*»<sup>11</sup>. Los libros de Bello no son otra cosa que organizadas colecciones de artículos de prensa; los rotativos más importantes de la época –dígase, v. g., *Madrid Cómico*, *El Imparcial*, *España*, *El Sol* o *La Esfera*<sup>12</sup>– acogieron sus originales, de impecable y precisa expresión,

<sup>11</sup> Conversación con Emilio Carrere de «El Caballero Audaz», recogida Carretero, 1917: 87-88.

<sup>12</sup> Un repaso a varios años (1915 a 1918) de este difundido semanario de «ilustración mundial» me ha descubierto la frecuente presencia en sus páginas del articulista Luis Bello con colaboraciones de muy vario asunto sobre la actualidad española y extranjera –la guerra europea de 1914-1918 fue muy atendida por él, manifiestamente partidario de los aliados-, o a propósito de materias culturales como la literatura y el arte preferentemente, más el comentario de libros recientemente aparecidos. Registro, v. g., una elogiosa evocación del republicano Francisco Pi y Margall («Los sueños de Pi y Margall», 25-I-1915) cuya memoria debía ser para sus divididos compatriotas «ejemplo de serenidad y de compostura en las más violentas pasiones». Muy temprano entre nosotros llama la atención de sus lectores («Entre el Cine y el retruécano», 5-II-1916) acerca de la novedad y el cambio que supone la irrupción del cinema. Su condición de exquisito contemplador de la naturaleza queda patente al

que poseían a manera de un ritmo interno pues «los escribí procurando darles algún color y fuerza gráfica, sin violencia, piadosamente»<sup>13</sup>; Azorín repararía en su condición de periodista independiente y liberal: «en todas sus andanzas periodísticas ha sabido conservar [...] un espíritu de independencia y un sentido de liberalismo reflexivo, que son los que constituyen lo atractivo, lo simpático, la nota romántica de su personalidad»<sup>14</sup> y Enrique Díez-Canedo celebraba sus artículos como «ricos de ideas y enaltecidos por la tersura del lenguaje y la claridad de exposición, cualidades que le habían convertido, desde tiempo atrás, en uno de los maestros del periodismo»<sup>15</sup>.

Las colaboraciones más antiguas de que tengo noticia datan de los años finales del XIX y aparecen en publicaciones como el semanario festivo *Madrid Cómico* –narración «Primavera» (1898)-, los también semanarios madrileños *Vida Nueva* (1899 y 1900) –crónicas de asunto vario, artículos sobre política y alguna narración-, *Vida Literaria* (1899) –«Una lectura», cuento- y *Vida Galante* (1900 y 1902) –unas cuantas narraciones-. De 1898 data el ingreso de Bello como redactor en *Heraldo de Madrid*, donde se estrena como cronista parlamentario. Entrados ya en el siglo XX cabe mencionar su participación en dos revistas jóvenes de inequívoca filiación noventayochista: *Electra* (1901) y *Alma Española* –en cuyo número 2 (15-XI-1903, página once) comenta el libro de Manuel Ciges Aparicio, *Del cautiverio*, testimonio de quien sufrió en su carne los horrores de la prisión cubana de La Cabaña, estimándolo «memorias sinceras donde un hombre de espíritu recio y corazón sencillo cuenta las fatigas de su prisión. Leerlo y estallar de indignación es todo uno».

Desde aquí hasta los primeros años 30 el periodista Luis Bello trabaja incesantemente como lo atestigua su presencia en las páginas de *España* –diario conservador, nacido en enero de 1904 y dirigido por Manuel Troyano, que le confió la corresponsalía en París-, *El Mundo* –aparecido en octubre de 1907, donde tuvo como compañeros a Manuel Bueno y a Julio Camba-, *El Radical* –marzo de 1910, dirigido por Alejandro Lerroux y portavoz de su partido político-. Pero quizá lo más destacable en conjunto tan abundante sea su permanencia en *El Imparcial*, al que llegó procedente del *Heraldo* y donde se le encomendaría andando el tiempo la dirección de su famoso suplemento *Los Lunes de El Imparcial*, páginas literarias que llevó con una generosa apertura hacia los colegas jóvenes, como recordará Felipe Sassone:

El redactor jefe (de *El Imparcial*), un periodista muy estimado, que pensaba bien y escribía correctamente, se llamaba Luis Bello, y era un hombre serio, largo y flaco, que tenía manos grandes y melena frondosa y parecía un concertista de

---

referir («Los valles del Cadore. Cortina d'Ampezzo», 12-I-1918) sus impresiones de una subida otoñal a los Alpes del Cadore.

<sup>13</sup> Bello, 1926: I, 10.

<sup>14</sup> Bello, 1926: III, 11

<sup>15</sup> Díez-Canedo, 1935.

piano. Me atendió con solicitud exquisita y corrigió él mismo un cuentecillo mío que se titulaba *Mi buhardilla*, al cual dio lugar preferente en la famosa «Hoja de los Lunes» de su diario, que era, por la calidad de las firmas, una tribuna ilustre<sup>16</sup>.

Su vinculación a *El Sol* durante bastante tiempo, cuyas vicisitudes empresariales y políticas vivió muy de cerca y con absoluta fidelidad a la intención de Nicolás María de Urgoiti, su propietario; las consecuencias derivadas del cambio de empresa y de la línea ideológica del diario llevaron a Bello (y a otros) a las redacciones de *Crisol* y de *Luz*, diríamos que algo así como fundaciones escindidas de *El Sol*.<sup>17</sup> Publicaciones periódicas las mencionadas, sitas en la capital de España pero hubo también alguna de provincias, caso del bilbaíno *El Liberal*, que dirigió Bello en 1916. Indicaré, finalmente, aquellas publicaciones de las cuales fue fundador –como *Crítica*, revista de 1903, en la que le acompañaron Cristóbal de Castro y José Cuartero; y *Europa* (1910)- o director –como *Revista de Libros* (1913-1914), que a poco de aparecer abrió sus páginas a una encuesta sobre «El ideal de nuestra literatura contemporánea», promovida con la intención de «despertar en la nueva generación literaria la idea de que su producción no es algo espontáneo, arbitrario, irresponsable, sino que se engarza en la complejidad de un estado social y puede variar o, por lo menos, puede tender a variar si llega a la conciencia de los mejores la convicción de que es necesario otro impulso, otra dirección nueva».

La politización creciente de la vida española a partir de 1900 (o quizá desde antes) –de la pureza al compromiso, que tituló Cano Ballesta- afectaría a la literatura y al periodismo; aparte la historia de las vicisitudes corridas por *El Sol* y de sus consecuencias, tenemos (por lo que a Bello atañe) la fundación en marzo de 1935 del semanario y, después, diario *Política*, órgano del partido Izquierda Republicana, presidido por Azaña, que nuestro escritor dirigió hasta su muerte<sup>18</sup>.

Luis Bello comenzó su participación en la política práctica cuando, militando en el partido liberal (ala canalejista), fue elegido diputado para la legislatura 1916-1917, lo que le permitió conocer más de cerca la realidad parlamentaria, atisbada

---

<sup>16</sup> Sassone, 1958: 310.

<sup>17</sup> Luis Miquel, propietario de *Luz*, se mostraba muy satisfecho de que lo dirigiera Bello, «periodista de tan alta significación y relieve [que] asegura el respeto más acendrado a las ideas del periódico» pero esa satisfacción duraría poco tiempo pues, como explica Azaña en su *Diario* (con fecha 4-III-1933), «Bello ha dimitido la dirección de *Luz* porque se niega a hacer campaña contra los socialistas, como quiere Miquel. Por su parte, Miquel se queja de que Bello ha convertido el periódico en un órgano exclusivamente político, y su circulación disminuye».

<sup>18</sup> Entre sus redactores y colaboradores figuraban José Díaz Fernández, Javier Bueno y Julián Mendieta. Según Gómez Aparicio «su móvil principal, atendido fielmente durante las dos etapas: la de semanario y la de diario, fue el de magnificar el retorno político de Azaña, así como el de desautorizar y combatir a la CEDA».



hasta entonces en su condición de cronista de sesiones de Cortes. No por falta de respeto hacia el Congreso de los Diputados sino movido por el propósito de conseguir una mayor eficacia del mismo escribe el parlamentario Luis Bello. un artículo – «El gran Casino nacional», *La Esfera*, 27-V-1916- presentando sus más y sus menos o, con otras palabras, los deseos y las realidades que contiene. Lugar placentero, por el estilo de un buen casino provinciano o de ciertos templos madrileños –«los divanes rojos del Salón de Conferencias» o «los asientos de rejilla en el verano» distinguen dicho parlamento- pero a Bello le preocupa saber si está a tono –entiéndase las personas que lo utilizan habitualmente- con lo que el país demanda. Lo que el articulista piensa al respecto, sin que violente el tono de sus palabras ni se pronuncie contra el régimen establecido, resulta más bien desfavorable ya que en ocasiones «la Cámara pierde el tiempo en esos gárrulos debates» o sirve de tribuna para «los grandilocuentes párrafos», lo cual hace aparecer a las Cortes como «institución antediluviana, como un mastodonte prehistórico que será preciso derribar para que no estorbe», palabras éstas –¿amenazadoras o revolucionarias?- de rotunda denuncia. A la altura de 1931, instaurada en España la República, Bello volverá a actuar como parlamentario en las Cortes Constituyentes (había sido elegido por Madrid con un total de 47.933 votos, integrado en el grupo de Acción Republicana, capitaneado por Azaña); miembro, primero, de la comisión encargada de redactar la Constitución y, después, presidente de la que prepararía el estatuto de Cataluña. Según su jefe político, «Luis Bello tiene la mejor voluntad, pero no sirve para cargo de tal monta. Bello no entiende de estas cosas del Estatuto y no me resuelve nada. Le plantea dificultades que no comprende siquiera. En cosas de derecho y administración, Bello, como es natural, no sabe nada»; comenzado (6 de mayo de 1932) el debate sobre el dictamen elaborado por la comisión, las deliberaciones hasta llegar a la aprobación del Estatuto (9 de septiembre) fueron largas y disputadas y, llegado el momento de hacer balance, la actuación de Bello mereció casi unánime reconocimiento si hacemos caso al testimonio del periodista Arturo Mori, cronista de las sesiones:

Dos figuras se distinguieron en el debate sobre el Estatuto: el presidente del Consejo [Azaña] y don Luis Bello, presidente de la Comisión, que hubo de soportar vayas y chistes, y hasta agravios personales de los monarquistas, disfrazados de unitarios, y para quienes fueron, aprobada la ley, las más sinceras y desinteresadas felicitaciones de Cataluña. Luis Bello, diputado por Madrid, no podía hacer mas que lo que hizo, desde su ermita de presidente de la Comisión. Es natural que los catalanes le ofrendasen luego su entusiasmo. Es natural que al ser aprobado el Estatuto creciera su personalidad en España, hasta convertirse en un elemento de colaboración indispensable<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Mori, 1932: VI, 6-7.

Menos importantes fueron otras dos intervenciones suyas, a saber: una propuesta en la discusión de la ley de Reforma Agraria (8-IX-1932), en el sentido de que deberían quedar sujetos a expropiación los bienes rústicos de la extinguida nobleza. Únicamente se indemnizará a quienes corresponda con el importe de las mejoras útiles no amortizadas todavía que se hayan realizado en el feudo. Las personas que resultaran expropiadas con arreglo a esta base tendrán derecho a reclamar una pensión, si demuestran que no tienen medios de otra naturaleza, propuesta, finalmente, aceptada; y la interpelación (enero de 1933) al diputado socialista Rodolfo Llopis, director general de Primera Enseñanza con Fernando de los Ríos como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, acusándole de despilfarro por el coste de la enseñanza en las escuelas públicas madrileñas, interpelación que tuvo su arranque en un artículo de Bello en *Luz*. Por entonces (abril 1933) se dio a conocer en la prensa la lista de firmantes del manifiesto de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética: Bello era uno de los firmantes. Figura, asimismo, en la lista de parlamentarios de las Constituyentes afiliados a la Masonería.

Durante algún tiempo –y así consta en los Diarios de Manuel Azaña (cuadernos correspondientes a 1932 y 1933)- se había convertido con Cipriano Rivas Cheriff, Enrique Ramos y el novelista mejicano Luis Martín Guzmán en íntimo del político; diputado por Lérida en las elecciones de noviembre de 1933, Azaña y Bello serían detenidos en Barcelona a raíz de la rebelión de la Generalitat catalana contra la legalidad vigente (octubre de 1934), intento golpista rápidamente abortado; se les acusaba de complicidad con los promotores del levantamiento, cosa que no pudo probarse y después de algunas semanas de cárcel fueron indultados por el Consejo de ministros con fecha 28-XII-1934, habida cuenta de que la Sala del Supremo estimara «no haber lugar al procesamiento por disipación de indicios por los que se les acusaba». Bello regresó a Madrid, donde moriría meses más tarde (6 noviembre 1935), entre el dolor y el elogio de quienes le habían tratado: «Su vida había sido una línea recta [...] Todo su talento, toda su vastísima cultura [...] los puso al servicio de la República»<sup>20</sup>.

### La obra de un noventayochista «menor».

La bibliografía en volumen de Luis Bello resulta más bien escasa y su lista la forman los libros titulados: *El tributo a París* (1907); *España durante la guerra, 1º, 1914 (La neutralidad)* (1918); *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* (1919); dos novelas cortas: *El corazón de Jesús* (1907) e *Historia cómica de un pez chico* (1922); *Viaje por las escuelas de España* (1926, 1927 y 1929). Póstumamente vio la luz (1973), preparado por Gonzalo Anaya, el *Viaje por las escuelas de Galicia*<sup>21</sup>. A este conjunto deben añadirse: *Farandul*

<sup>20</sup> De la necrología anónima de Luis Bello publicada en *El Sol*, Madrid, 7-XI-1935.

<sup>21</sup> Como reediciones tenemos: 1985, que recoge las páginas 227 a 293 del tomo I de este libro; 1994; 1995 y 1998.

en París y *Farandul en su patria* –anunciados «en prensa» en una contracubierta de *El corazón de Jesús*–; *En el país de la calderilla*; *Viaje a Italia y otros viajes*, *Vidas de niños y mujeres y pobres de espíritu* –anunciados «en prensa» en la contraportada de *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid*–; *Los pobladores del mundo íntimo* y *Nuevo elogio de la locura* –«en preparación» en *Ensayos...* José Esteban<sup>22</sup> añade: *Una mina en la Puerta del Sol* y *Cuadernos de estudio sobre temas de actualidad*, títulos acerca de los cuales no ofrece ninguna referencia. *Una mina ...* es una de las tres narraciones –sus compañeras son: *El hombre de los proyectos* y *El corazón de Jesús*– que Bello pensaba reunir *En el país de la calderilla*; los aludidos *Cuadernos ...* no son más que el título de una serie de libros iniciada, y no proseguida, con *España durante la guerra*.

Se completaría la bibliografía, sin olvidar sus numerosísimas colaboraciones en la prensa, con la mención de algunas traducciones como tres cuentos de Flaubert –*Un corazón sencillo*, *La leyenda de San Julián el Hospitalario* y *Herodías*– y la novela de Emile Clermont, *Laura*.

Admitida la existencia de la llamada Generación del 98 pienso que habrá de considerarse, al lado de sus dioses mayores, la compañía de otros escritores bastante menos conocidos y celebrados pero indudablemente valiosos: los noventayochistas «menores» –entre quienes figura Luis Bello–, representados por Manuel Bueno, narrador, crítico de teatro y comediógrafo, periodista de mesa de redacción y asiduo colaborador de prensa, talentoso literato a quien incluiría Azorín en la nómina de esa generación ofrecida en artículo de 1913, cuarto y último de la serie «La generación de 1898». Como él y Ramiro de Maeztu, que también figura en la lista azoriniana, cabría en ella nuestro autor, incorporado explícitamente a dicho conjunto por Alberto Insúa<sup>23</sup> para quien es «uno de los del 98, no muy tenido en consideración por sus coetáneos, [...] periodista y literato de los mejores y del que suelen olvidarse los que, al escribir sobre ese grupo heterogéneo de escritores, sólo piensan en Unamuno, Baroja, Azorín y Maeztu».

El mismo Bello se complace en reconocer semejante adscripción: «Se mueren los árboles. Nosotros, los hombres de mi generación –la del 98– (subrayo)», o cuando páginas más atrás del libro *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* evoca un recuerdo de su juventud literaria: «Ya hace muchos años –¿cuántos?, ¿quizá veinte?– un grupo de jóvenes –los del 98– publicamos en Madrid el primer número de *Electra*. El nombre glorioso de Galdós nos servía como bandera, y al lado de Valle-Inclán, Baroja y Azorín, de Maeztu y Benavente, otros menos granados hicimos nuestras primeras armas»<sup>24</sup>. Junto con ambas declaraciones hay en el citado volumen otros pasajes que poseen a mi ver claro sabor noventayochista como es el caso de la arremetida contra los meros «conservadores del carácter» castizo de un edificio, paisaje o lugar, hostiles ante cualquier cambio del mismo: «Conservemos el carácter. ¡Muy

<sup>22</sup> Esteban, 1972: 43-44.

<sup>23</sup> Insúa, 1959: III, 224-225.

<sup>24</sup> Bello, 1919: 202 y 33.

bien; ¡Pero vamos a limpiarnos un poco!»; o la reflexión que le sugiere respecto a la retardataria acción del Estado la presencia en las calles madrileñas del coche de Correos que las cruza: «De este modo sabe imponerse el espíritu nacional a través de los tiempos, haciéndose superior a todas las invenciones y manteniéndose impertérrito, como si no hubiéramos pasado de la silla de postas o de la diligencia acelerada»; sabor noventayochista tiene asimismo la divagación crítica que cierra el libro: «El hombre que hubiera servido mejor para otra cosa» y en la que se alude a una abundante tropa de españoles que «en su despacho del Ministerio, en su taller, en su regimiento o, en su turno, el ministro, el obrero, el coronel o el mozo de café os revelarán mil veces que ellos hubieran servido mejor para otra cosa», cuando en realidad, deformados casi desde su principio, «ya no sirven para nada» y constituyen con su actitud una rémora para el país.

### **Luis Bello, viajero por las escuelas de España.**

Quizá sean este viaje y el correspondiente libro la muestra más notoria del talante noventayochista de nuestro escritor; con ello cumple, además, una de las características propias de la generación.

En el cuarto y último de sus artículos acerca de *La generación de 1898* señalaba Azorín entre otros rasgos de la misma, los dos siguientes:

La generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; [...] se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad,

para cuya eficaz realización no había otro medio que echarse a recorrer los caminos de España. En relación con semejantes pretensiones estaba el propósito de dar cumplida réplica a tantos viajeros foráneos que a lo largo del siglo XIX nos habían visitado y, después, habían escrito deformada e incompletamente sobre lo que habían visto; viajeros románticos y de años posteriores, de diferentes nacionalidades. Consecuentes los noventayochistas con su condición de españoles, el viaje por España va a ser regla casi general que les atañe como también a algunos estudiosos que pueden ser considerados afines al talante noventayochista: es el caso de Ramón Menéndez Pidal –viaje filológico, el suyo- y de Manuel Gómez Moreno – viajero por nuestro arte y arqueología-. Empiezan a viajar a principios de siglo y la mayor concentración de viajes coincide con sus dos primeras décadas, lo cual no impide que posteriormente pueda ser datado algún otro ejemplo, como ocurre con Bello quien no comenzaría hasta 1922 su recorrido por las escuelas españolas. Inicialmente esos viajes se convierten en artículos periodísticos sea por voluntad expresa de sus autores, habituales colaboradores en publicaciones periódicas, sea por encargo de éstas – como es el caso de *La ruta de Don Quijote* azoriniana-; andando el tiempo tales artícu-

los suelen reunirse en volumen dado que se trata de trabajos bastante unitarios, característica que viene impuesta por el género «viajes» al que pertenecen, o el lugar por donde se viaja —una comarca con límites bien definidos o por alguna otra circunstancia destacada como las escuelas (Bello) o los balnearios (Azorín) en cuanto a paisajes preferentemente atendidos. Más en unos autores que en otros, sus artículos y libros constituyen, aparte testimonio informativo de primera mano, denuncia de una situación harto desdichada a la que se llegó por la incuria y la torpeza y en la cual pesaron, igualmente, factores culturales —analfabetismo, por ejemplo-, políticos —caso del caciquismo en algunas regiones- y religiosos —la superstición ocupando el lugar de la creencia viva-. No es necesario violentar el tono expresivo aunque haya, como excepción, algún autor —Ciges Aparicio, que lo extrema en todo cuanto toca— pues la realidad observada y transmitida habla por sí misma con suficiente fuerza y queda manifiesta así la actitud más propia del noventayochismo para la que ofrecen materia sobrada aspectos como la despoblación del campo y el latifundismo, el abandono y la ruina de tantas poblaciones castellanas, la insalubridad de las viviendas y la extensión de algunas enfermedades (paludismo, tuberculosis), el alcoholismo, la afición a los toros de manera desmedida, la mendicidad, etc. ¿Hace falta apostillar con palabras crispadas semejante estado de cosas? En Luis Bello, v. g., jamás la pluma traiciona el comedimiento y la elegancia de su talante personal y literario y por eso a veces debe recordarse seriamente «el peligro [que supone] ir por España como un arqueólogo en plena maravilla». Cuando se realizó la mayor parte de estos viajes, los medios de locomoción eran más bien rudimentarios y a bastantes lugares sólo era posible llegar en carro, a caballo o andando por caminos y atajos más de cabras que de personas; el ferrocarril no llegaba todavía a muchos sitios y la poca comodidad de algunos itinerarios y líneas era proverbial; el viaje en el vagón de tercera ofrecía oportunidad de ver y oír cosas pintorescas y sumamente ilustradoras pero resultaba harto incómodo. Comenzaba el uso del automóvil y Unamuno descubrirá cuánto supone de comodidad y rapidez, aparte la posibilidad de llegar a parajes y monumentos no muy asequibles. Y si resultaba incómodo el viaje, no lo era menos la llegada y el aposentamiento en la venta, fonda o mesón que la fortuna deparase al viajero, donde diríase que toda incomodidad tenía asiento: mala comida, descuidado lecho, desagradable trato. Esos «viejos pueblos» españoles que los noventayochistas declaran amar y entre cuyos pobladores encuentran las «viejas y plásticas palabras» con las cuales enriquecer y agudizar el idioma resultan ser, sobre todo, lugares, gentes y voces que se corresponden geográficamente con Castilla —la Vieja y la Nueva— que los noventayochistas llegan a mitificar y, quien más quien menos, sobre ella han escrito mayor número de páginas que sobra ninguna otra región española.

Bello dio comienzo a su viaje escolar por lo que llama «el cerco de Madrid», esto es: las localidades rurales y semi-rurales que (como Fuencarral, Colmenar Viejo o Torrelaguna) rodean a la capital de España; fue en septiembre de 1925 y al año siguiente, de mano de la editorial Magisterio Español, vería la luz el tomo primero de *Viaje por las escuelas de España*, con un subtítulo explicativo del contenido: «El cerco

de Madrid.- Viaje a la Sierra.- Por Castilla y León.- Asturias». Los tomos restantes – tres más- vinieron enseguida: II, 1927 (editorial Magisterio Español), «Por Andalucía: Cádiz, Málaga, Granada. Las dos Castillas: Toledo, Soria»; III, 1927 (Espasa-Calpe), «Extremadura: suma de varios viajes. Cáceres y Badajoz. Cien kilómetros en Portugal»; y IV, 1929 (CIAP), «Más Andalucía : Las siete Huelvas, Sevilla: viaje preliminar. Viaje de instrucción a Tánger. Jaén: viaje a Santiago de la Espada». Mil páginas y pico pero la obra quedó incompleta pues su autor no recogió en volumen los artículos –publicados siempre en *El Sol*- relativos a otras regiones, caso de Galicia.

Importa atender las advertencias hechas por Bello en el prólogo que puso al primer tomo de *Viaje ...* porque en ellas se apuntan algunas de sus características:

Allá va el libro, sin falsa modestia, como documento inicial de una campaña. He respetado los trabajos tal como salieron, sin enmienda apenas. Podía haberlos pulido y cincelado un poco, pensando en su valor literario, que no estimo, ni mucho menos, tanto como la obra, la acción que con ellos he pretendido realizar . Aquí están pintadas nuestras escuelas tal como las veo, y no por gusto del aguafuerte con tintas sombrías sino por el propósito de interesar a todos en que acabe de una vez esta gran miseria

y, recalcando su compromiso, «cuento para este artículo [el titulado “Pedagogía del rayo de sol”, uno de los más hermosos y sentidos del tomo I] con un paisaje fino, de gran prestancia histórica y sentimental. Sin embargo, antes de empezarlo, dudo; porque no me parece del todo lícito enmascarar su verdadero objeto con un telón panorámico de campo abierto», poderosa tentación fuera del objetivo propuesto que más de una vez asalta a Bello y que éste consigue rechazar.

Quedó apuntado cómo en ningún momento la indignación que el viajero pueda sentir, consecuencia del espectáculo entristecedor que contempla y de las informaciones que recibe, altera el tono de la escritura cargándola de rabia, de denuestos y violencias descalificadoras; Bello encontrará compensación de los malos tragos cuando en este mismo tomo habla con entregados y eficaces maestros como los de Asturias y, en especial, los de Oviedo, Gijón y Sama que le dieron «fuerzas para resistir mucho tiempo la indiferencia de los pueblos», o tiene noticia de las fundaciones escolares debidas a los “indianos”, esos emigrantes asturianos en América que cuando alguno (y son bastantes los que lo hicieron) «vuelve los ojos hacia el ayer, se encuentra con la amargura de sus primeros pasos, y en la favorable perspectiva que le ofrecen la ausencia y el amor a su tierra, estudia, como un hombre, el mayor bien que puede hacer por ella y lega su fortuna a fundaciones de enseñanza».

No menos directas y estimuladoras para el viajero resultan compañías como la que le prestan por tierras castellano-leonesas el novelista mejicano Luis Martín Guzmán y, más reducidamente (provincia de Salamanca) Francisco Íscar y el doctor Filiberto Villalobos que le llevan en coche, uno de los medios de viaje utilizados por Bello junto con el ferrocarril, el coche de línea o el taxi alquilado por su cuenta; a

pie, en ocasiones –como cuando desde Torrelaguna llega hasta la comarca de los Patones. En su recorrido asturiano tuvo por guía al inspector de primera enseñanza y periodista Antonio Onieva.

Sucesos de muy diversa índole le pasan en su peregrinaje, referidos por el protagonista con buena pluma y buen temple cualesquiera sean las circunstancias en que se producen pues los hubo muy desalentadores, señal de un absoluto desinterés por la causa de la escuela en algunas de las personas responsables de ella, como lo ocurrido en la localidad madrileña de Navalcarnero donde dejaron hundirse unos edificios escolares recientes y, a la hora de reconstruirlos, la comisión nombrada al efecto estimó que se trataba de un «gasto que no era necesario» y dedicó ese dinero a festejos públicos más atractivos para los vecinos. Los escolares, no siempre bien tratados y debidamente atendidos, son un conjunto humano cuyas virtudes colectivas o individuales –los niños del barrio de Legión, el porquerillo del Egido-, Bello se complace cariñosamente en destacar y, por otra parte, no deja de servirse de su vena humorística, cargada de ironía, para marcar sus perfiles.

La naturaleza y el paisanaje con los que establece el viajero contacto durante su recorrido son oportunidad favorable para que apunte acá y allá, con cierta frecuencia, su sabiduría no sólo literaria pues en el panorama culturalista que ofrecen estas páginas suyas encontrará el lector menciones y alusiones pedagógicas –a la cabeza de ellas, el recuerdo afectuoso y admirativo de los institucionistas Francisco Giner, Manuel Bartolomé Cossío y Gumersindo de Azcárate-, de relevantes periodistas como Nicolás María de Urgoiti, que dio albergue en *El Sol* a las crónicas viajeras de Bello-, literarias –muy numerosas, a escritores y obras españoles y extranjeros, antiguos y modernos, casi todos importantes-, políticas –desde Cánovas del Castillo a Marcelino Domingo-, artísticas –pintores y músicos- e históricas –donde se dan cita personajes nacionales y foráneos de muy diversas épocas-.

Tuvo buena acogida lo que Azorín llamaría «admirable cruzada» de quien «ha hecho más por la patria, está haciendo más por España que quienes pronunciaron en un Parlamento centenares y centenares de discursos»; fruto de sus artículos fue la constitución en mayo de 1926 de una Junta de los Amigos de la Escuela, presidida por Menéndez Pidal, que se proponía crear ambiente favorable entre los españoles hacia la mejora de la escuela nacional y de sus servidores. Aunque eran muchos y fuertes los obstáculos opuestos y la política, con sus habituales actitudes confusionarias, se mezcló en algún momento<sup>25</sup>, lo cierto es que no fue poco lo adelantado merced al interés y empeño de nuestro viajero

---

<sup>25</sup> Es, por ejemplo, lo sucedido en 1925, cuando se preparaba un homenaje nacional al escritor y, requerida la adhesión del Gobierno, éste se desentiende del asunto y publica una nota oficiosa a la que pertenecen los párrafos siguientes: «No ha querido el Gobierno pronunciarse en ningún sentido hasta obtener una completa información; aunque ésta en nada perjudica el buen nombre moral y cultural de Bello, lo presenta en ocasiones como apasionado doctrinario político, que ha omitido en sus críticas, que en general son justas, pues el estado de la enseñanza primaria no es aún satisfactorio, si bien haya mejorado mucho, omitió, repe-

### Dos novelas cortas.

*El corazón de Jesús* e *Historia cómica de un pez chico* son dos novelas cortas, distantes en año de publicación –1907 y 1922, respectivamente– y aparecidas en sendas colecciones de la modalidad, tan numerosas en el primer tercio del siglo XX mientras contaron con el favor de los lectores. Abrió marcha *El Cuento Semanal*, cuyo número 1 vio la luz el 4 de enero de 1907, empresa creada por Eduardo Zamacois quien, a causa de un pleito perdido, hubo de abandonarla, muy prestigiada ya la publicación; cuando en 1912 dejó de salir existían otras series por el estilo y el terreno estaba preparado para la incorporación hasta 1936 de otras muchas, así en Madrid como en provincias. Después de *El Cuento Semanal*, Zamacois fundó *Los Contemporáneos*, también semanal, que durante sus dieciocho años de vida tuvo varias etapas y distintos directores. Cierra la lista de estas publicaciones *La Novela Corta (1916-1925)*, dirigida por José de Urquía, cuya presentación (calidad de papel y tipografía, sin ilustraciones) quedaba por debajo de sus antedichas colegas. Los colaboradores más conspicuos y habituales de las mismas eran hábiles en el manejo de la carpintería narrativa y beneficiarios casi en exclusiva de ciertos temas como el erótico, consiguiendo durante varias décadas que numeroso público les siguiera fielmente; sus narraciones llegaron a alcanzar tiradas de miles de ejemplares (treinta mil era la más corta) en un país con subida tasa de analfabetismo y poco gusto por la lectura entre los alfabetos. Sólo circunstancialmente figuró Bello ente los llamados »promocionistas de *El Cuento Semanal*.

Hay una curiosa anécdota relativa al título, *El corazón de Jesús*, de la novela de Bello publicada en *El Cuento Semanal* (número 45, 8-XI-1907), transmitida por Sainz de Robles<sup>26</sup>: «Eduardo Zamacois me contó que cuando Bello le entregó su estupenda novelita, luego de aceptársela y elogiársela, le rogó le cambiara el título tan comprometido en tierra tan clerical como España, a lo que se negó Bello, apostillando que precisamente en el título estaba el *busilis* de la novela», cuyo protagonista, el llamado Jesús Martín de Ugena, es un individuo que todavía no ha cumplido los treinta años (cuando comienza la acción narrada) y cuyas desventuras le vienen de que (tal como le echan en cara algunos personajes) le «falta corazón», lo que en su caso ha de entenderse como sinónimo de coraje o decisión y, también, como que es incapaz de bajar a la realidad presidida por el egoísmo personal más duro, cosa que vio ya cumplirse en su padre, «un hombre honrado que murió en la miseria, derecho como una espada. Antes que torcerse se dejaba matar»; añádase una negra suerte que

---

timos, el merecido elogio que hubiese alentado el camino de todos para la noble empresa de la regeneración escolar. [...] De todos modos, nada puede oponer [el Gobierno] a la celebración del homenaje para que a él puedan sumarse todos los que lo crean conveniente, aunque el Gobierno no lo haga por las razones expuestas».

<sup>26</sup> Sainz de Robles, 1971: 52.



acaso raye en lo inverosímil pues cabe preguntarse cómo quien declara «yo soy abogado. Yo he sido pasante de un colegio, secretario de un hombre público», y que probó otras mil dedicaciones, ha podido llegar a la situación extrema que padece cuando le conocemos, «lampando de hambre». No tiene o no se le conoce familia, vive en casa de dos amigas (Rosa y Dolores) que le albergaron sin interés alguno, un piso destartado en el que ocupaba «una especie de camarote con luz al tejado»; su ropa, sin posibilidad de quita y pon, ofrece un estado lamentable y, en cuanto a la comida diaria, anda nuestro personaje a salto de mata, fiado en el sablazo o en la casualidad benefactora; más o menos por el estilo son los conocidos de este rigor de las desdichas. La acción ocurre en unos pocos días (cuatro), en tiempo presente y en Madrid: un territorio más bien reducido que tiene como referencia central la Puerta del Sol, con sólo menciones, nunca descripciones, de las calles y edificios, y que se ensancha en el último capítulo con la escapada de Jesús –«altos de la Moncloa», «monte de el Pardo», orillas del Manzanares- que termina –como su vida- en el Puente de los Franceses. Son seis capítulos consecutivos en lo que atañe a la marcha de los acontecimientos, con linealidad narrativa no alterada por retrospectivas. Lo ocurrido principalmente en esos cuatro días es la presencia en Madrid y la relación que casualmente establece con el protagonista una pareja rusa (Dora Kromer y Cristián Barich), militantes anarquistas que preparan un atentado que, efectivamente, se lleva a cabo (capítulo IV, «Sangre») sin que Jesús tome parte en el mismo pero del que resulta testigo, víctima y hasta sospechoso en virtud de la casualidad que parece presidir sus andanzas: «Un peso enorme sobre los muslos y una sensación de humedad en la cara, le despertaron. Se halló tendido boca arriba en medio de la calle sobre el adoquinado. [...] había sido la explosión de una bomba»; huido de la comisaría, emprende una escapada sin rumbo que termina, atropellado por un tren, en el Puente de los Franceses.

Del concreto paisaje madrileño que encontramos en *El corazón de Jesús* se pasa en *Historia cómica de un pez chico* (*La Novela Semanal*, número 28, 14-I-1922) al mundo marino, carente de referencias topográficas concretas y cuyos personajes, no-humanos, poseen una apariencia simbólica además de la figura real, lo que permite considerar esta narración como «apólogo o cuento moral»<sup>27</sup>. El lector de *Historia ...* penetra en un mundo-ambiente más allá del realismo consabido pues (según se le advierte muy pronto) el pez «simbolizaba en los primeros siglos del Cristianismo al Cristo [...] y en heráldica significa prudencia»; se adentra, asimismo, en unos sucesos cuya significación-intención no es otra que ejemplificar con un caso concreto el repetido dicho –núcleo argumental de la narración y desenlace de ella-: «el pez grande se come al chico»

Dos congéneres: el chico, erigido en protagonista, y el grande, más el pez sabio –por razón de la edad y de la experiencia-, son los personajes no-humanos pero semejantes a los hombres en virtud de la antropomorfización que los dota de sen-

---

<sup>27</sup> Fernández Gutiérrez, 2000: 66.

timientos como la admiración y el remordimiento, antropomorfización que no destruye algunas de las diferencias existentes entre peces y seres humanos, como la relativa a los viajes de unos y otros pues el hombre es llevado («embarca en un buque o sube a un vagón del ferrocarril») mientras que el pez «viaja por sus propios medios y sus propias fuerzas». Junto a estos tres animales comparece, brevemente, un personaje humano, don Magín, destinado a ser una víctima más, y cabe aludir a otros personajes –aparecidos en una de las divagaciones a cargo del narrador–, cuatro en total, cuyos nombres –Terror o Temor, Voracidad, Estupor y Tedio– están escritos con inicial mayúscula y son considerados demonios, «brillantes», los dos primeros y «sombrios», los otros, lo cual parece remitir al Auto Sacramental y refuerza el indicado simbolismo

La acción narrada sucede en aguas marinas y se reparte en cuatro capítulos, cada uno de ellos con título propio así como los apartados de que constan; en su marcha lineal hacia el remate de la peripecia existen algunas interrupciones argumentales a causa de que se incluyen episodios ajenos por completo al núcleo principal.

### Un libro sobre París

Luis Bello, adiestrado ya en el ejercicio periodístico, fue enviado por Manuel Troyano a París como corresponsal del diario *España*, de signo conservador, y con parte de los artículos remitidos al periódico formó el libro titulado *El tributo a París* que sería su primer libro y, en opinión de José Esteban, «uno de los mejores escritos en español sobre la ciudad del Sena». Lo publicó en Madrid, 1907, el editor M. Pérez Villavicencio, como primer volumen de la denominada «Biblioteca de Escritores Españoles» y para «Arlequín» (seudónimo de su reseñista en *La República de las Letras*, Madrid, 26-V-1907, página 14) «está editado con verdadera elegancia y es una prueba de buen gusto»<sup>28</sup>. En seis partes se distribuye su contenido: «El tributo a París», «París-Burdeos-Biarritz» (dedicada «A D. Manuel Troyano y a la buena memoria de *España*»), «Fantasías estivales», «Del invierno parisién», «Un viaje a Bélgica» y «Del espíritu francés» (dedicada «A D. José Ortega Munilla, sin cuya protección cordial estas páginas no hubieran sido escritas»)

La estancia parisina de Bello en la primera década del XX y el libro fruto de la misma se inscriben en una abundante lista de colegas (periodistas y escritores) españoles e hispanoamericanos que en esos años vivieron (o malvivieron) en París,

---

<sup>28</sup> A Luis Bello siguió en la colección Alberto Insúa, *Don Quijote en los Alpes*. La colección anunciaba libros de Baroja, Manuel Bueno, Bernardo González de Candamo, Grandmontagne, Waldo Insúa, López Pinillos, Maeztu, Enrique de Mesa, Pérez de Ayala, Pedro de Répide, Alfredo Vicenti e invitaba a adquirirlos «si usted ama los libros bien escritos, bien editados y económicos» (su precio era 3 pesetas).

ciudad tan seductora para las gentes del gremio literario que proclamarían su entusiasmo por ella pues como reconoce el mismo Bello<sup>29</sup>

A París emigraban los que en su patria sintieron una necesidad intelectual no satisfecha, y allí adquirirían carta de naturaleza. Unos iban a la conquista de París; todos estaban conquistados por París antes de ponerse en campaña. Sin contar la turba innumerable de extranjeros que, sin salir de su nación, vivían con el alma puesta en París, teniéndolo por centro de sus pensamientos y por aduana de todas las artes y de todas las ciencias.

Los Machado, los Sawa, Pío Baroja, Insúa, Gómez Carrillo o Luis Bonafoux figuran entre los seducidos aunque varíe entre ellos la actitud adoptada antes, en y después de la visita, contrastando al respecto las palabras barojianas de malestar – «no llevaba ninguna simpatía por París ni un recuerdo agradable de una sonrisa o de una palabra grata [...] la gran ciudad no me fue muy simpática»<sup>30</sup>– con la complacencia mostrada por el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que en París se encontraría como el pez en el agua.. La sección española de la editorial Garnier, pensada sobre todo con vistas a Hispanoamérica, solía ser su acomodo habitual, más bien precario, y el canario Elías Zerolo, al frente de ella, la persona con la cual debían entenderse. Pero el corresponsal Luis Bello no hubo de pasar por esas vicisitudes.

En el prólogo que abre el libro su autor declara que se trata de una serie de «páginas sueltas» y periodísticas, escritas «para vivir un día», que contienen «las impresiones de un español en Francia», lo cual, si resulta más bien fácil porque está «al alcance de cualquier viaje de novios», constituye una experiencia enriquecedora pues así «el alma ha viajado» o (con otras palabras) ha roto las amarras del casticismo y se ha abierto a nuevas iluminaciones ya que París, dado su manifiesto cosmopolitismo, «es otra vida» y, viviendo esta ciudad, «estamos entre otras gentes» lo cual propiciaría al regreso una comparación serena entre ciudades (París y Madrid) y gentes. Salen entonces a plaza diversos aspectos de la realidad ofrecida ida por una y otra, ciertamente distintas pues, por ejemplo, «nuestras calles destartadas» no tienen equivalente en aquella «ciudad ideal» que es la capital de Francia, además «ciudad de la acción» frente a «este pueblo donde las voluntades duermen en su blando colchón de rutinas»; diferencia también, y no pequeña, en lo que se refiere a la estimación que alcanzan los literatos en uno y otro país, tanto en vida –«en Francia el literato es capaz de alzar una bandera y de caminar a la vanguardia de los políticos. En esto se diferencia de la España actual, donde el literato sólo llega a soldado de fila» (207)– como póstumamente –«el tributo a la memoria de Zola hace pensar en muchos olvidos nuestros [...] Cuando nuestros grandes hombres mueren, confesemos que falta muy poco para que los demos por muertos» (182)–. Pero no todo han de ser calamiti-

<sup>29</sup> Bello, 1907: 22-23.

<sup>30</sup> Baroja, 1978: 274.

dades y en algún aspecto saldremos favorecidos en el cotejo: así ocurre que nuestra hospitalidad con los extranjeros es superior a la que se les brinda en la nación vecina ya que «es más sincero, más real el sentimiento de cordialidad con que nosotros acogemos al extranjero que entra por nuestras fronteras» (177).

En el territorio cosmopolita y hospitalario que es París para el arte y los artistas no sólo franceses, el cronista ha encontrado rico asunto para su trabajo en el que preponderan temáticamente artes y letras junto a otras realidades traídas por la actualidad más inmediata –la visita del Bey de Túnez, la fiesta nacional del 14 de julio, la actividad de la Cámara de Diputados-, o más permanentes: una visita al Louvre, la soledad y el silencio en el boulevard a la hora de la siesta o, contrariamente, la noche festiva de un sábado por los mismos lugares. Semejante explosión de alegría contrasta con la negrura de «El inquilino y el portero», un relato dialogado (con las oportunas acotaciones) que me recuerda bastante de cerca los cuentos de José Martínez Ruiz en *Bohemia* (1897), con varios suicidios de vecinos morosos. Cualquiera sea el asunto abordado y el género elegido (pues no todo son crónicas) destacan en *Tributo* ... la excelente calidad de la escritura, los toques líricos y de humor junto a la originalidad con que el autor trata los asuntos, muy lejos de lo convencional o tópico.

### Un libro sobre Madrid.

Cansinos Asséns se ocupa<sup>31</sup> de un grupo de escritores –Emiliano Ramírez Ángel y Pedro de Répide, entre ellos- a quienes llama «los madrileñistas» habida cuenta de que en buena parte de su obra prepondera Madrid –sus cosas y gentes- como tema, presentado con diversidad de enfoque y de tono pues «cada autor de los que componen esta interesante escuela madrileñista nos revela un rasgo de la ciudad tan diversa y contraria». Después del Madrid goyesco y cortesano en Répide, y del Madrid moderno, lírico y sentimental, como provincia, en Ramírez Ángel y Andrés González Blanco; después del Madrid gran ciudad cosmopolita, sede de aberraciones y extravíos, en Antonio de Hoyos; el Madrid bohemio y picaresco de Emilio Carrere. No está completa la lista de integrantes de esa escuela, en la que habría de ser incluido Luis Bello en virtud de su libro *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* (1919), cuyos rasgos distintivos no coinciden con los indicados para dichos colegas, quienes muestran de ordinario plena complacencia o casi con el Madrid que pintan y cuentan con una actitud que dista considerablemente de la negativa adoptada en su día por los noventayochistas ante una ciudad donde diríase que nada existe merecedor de supervivencia pues –tal como constata Antonio Azorín en la segunda parte de *La voluntad* – tanto la política como la literatura, la prensa, el catolicismo y la vida ciudadana se encuentran gravemente afectados por un morbo que se resume en la palabra *Frivolidad*: «do que [al personaje] le inspira más repugnancia es la frivolidad,

---

<sup>31</sup> Cansinos Asséns, 1925: II, 173.

la ligereza, la inconsistencia de los hombres de letras. Tal vez sea éste un mal que la política ha creado y fomenta en la literatura [...] El periodismo ha creado un tipo frívolamente enciclopédico, de estilo brillante, de suficiencia abrumadora», complejo que reiteraría en 1941 –libro *Madrid*, capítulo XXVI- al afirmar: «Lo que nosotros [jóvenes del 98] hemos combatido con más tesón, con más denuedo, ha sido la frivolidad, y la frivolidad ha sido nuestro mayor enemigo». Bello, aunque perteneciente a esa generación, amigo de sus integrantes y partícipe de sus preocupaciones, no muestra en su libro rasgos de anti-madrileñismo.

Aunque nacido en Alba de Tormes, Bello, a quien sus padres trajeron a Madrid cuando tenía cinco años, se consideraba madrileño y las páginas de este libro son muestra clara de identificación, sentimiento al que se añade una intención intelectual que supera la simple complacencia en el objeto tratado y justifica el término «ensayo» que aparece en el título del libro:

Estas páginas [confiesa el autor] obedecen al propósito de reunir unas cuantas notas acerca de cuál ha sido, cuál es y cuál ha de ser el influjo del suelo sobre la ciudad {...}; no considero trabajo muy difícil el de demostrar de qué manera el pedernal de la Sierra y el terrón manchego han servido de obstáculo para la invención de algo tan abstracto como una ciudad cuyas raíces se extendieran por todas las Españas, trayendo la savia de todas, sumándolas a todas, sin ser ninguna de ellas.

Entre quienes lo elogiaron se cuentan lectores tan destacados por su sensibilidad o por su madrileñismo como Azorín –«¡Qué bonito es su libro sobre Madrid! Para enterarse de lo que es la capital de España, de sus alrededores, de su ambiente, de su historia, el libro de Bello es insuperable»- y Sainz de Robles –«Lo leí en un par de tirones. Lo releí. A mí, tan entrañablemente madrileño y enamorado de mi Villa, aquel libro me pareció un hermoso panegírico de la capital de España entreverado de poesía y agudeza, de fervor y sugerencias».

*Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* vio la luz en 1919, a cargo de la conocida editorial madrileña Saturnino Calleja, dentro de una «Biblioteca Calleja» en la cual se incluyeron obras como *Parlamentarismo español* (Azorín), *Estío y Sonetos espirituales* (Juan Ramón Jiménez), *En el umbral de la vida* (Manuel Bueno) o *Evoluciones* (José Moreno Villa). *Ensayo ...*, un volumen en octavo, de 269 páginas, se vendía a 4 pesetas y era presentado por la propaganda editorial con estas palabras:

En todos los escritos de Luis Bello resaltan siempre dos notas capitales: fina intuición de la realidad y desarrollo diáfano, encadenado y preciso del pensamiento. En el volumen que ofrece hoy, llegan, sin embargo, a superarse sus admirables dotes literarias.// Es una bellísima colección de ensayos, en cuyo fondo late el amor a Madrid, ligados por un sólido nexo espiritual y coincidentes al descubrir con un arte de primera mano lo más íntimo de la vida

madrileña: el espíritu y el paisaje.// Acaso por primera vez se presenta y se mide el influjo que sobre Madrid han ejercido la Sierra y la Mancha.// Es, además, un libro de encantadora sencillez y de constante amenidad.

Va dedicado «A D. BENITO PÉREZ GALDÓS, patriarca de Madrid, con la miasma pasión que tuve desde niño por él», mantenida a lo largo del tiempo ya que en 1915, por ejemplo, Bello iba a visitarle «a su casita del barrio de Argüelles» y reparaba en sus «ojos alegres, tan pequeños, tan agudos, [que] os invitaban a conversar», amenazados ya por la ceguera. Integran el libro artículos insertos anteriormente en la prensa y reunidos ahora procurando la mayor coherencia entre sus piezas, las cuales se agrupan en los apartados siguientes: «Ensayo sobre Madrid» (catorce capítulos), «El Madrid de Don Benito» (cinco), «La moral del Cine» (ocho), «Paisajes madrileños» (nueve) y «Nuevo arte de vivir» (siete). No será fácil separar *Ensayos de Imaginaciones* pues ambos se dan la mano mezcladamente en sus páginas.

Entidad de ensayo, pero con sus toques imaginativos, posee el primer apartado (data de enero de 1919) que considera la Villa y Corte como «un artificio maravilloso» o «un esfuerzo gigantesco» al cual contribuyeron factores muy diversos. La tesis que anima el ensayo es la creencia del autor de que existen dos fuerzas contrarias —«furias» las llama— que se han disputado el dominio de Madrid: la Mancha y la Sierra, pugna resuelta a favor de la independencia del objeto disputado luego de los tres períodos siguientes: «La Sierra y la Mancha penetrando en Madrid», período cuyo final está reciente y que dejó paso a otro de «equilibrio» que trajo consigo la liberación de Madrid, dueña y señora de sí misma en adelante y, lo que vale más, penetrando a su vez en el territorio de ambas; a lo largo de las páginas donde esa tesis se explicita, la historia, la geografía y la sociología son empleadas como apoyo y resulta manifiesta una mayor simpatía por la Sierra, calificada en el capítulo XI de «divina», descritos o evocados con cuidadoso mimo sus lugares, mientras que la Mancha, esa «tierra llana que empieza más allá del puente de Toledo», no merece tanta. Una cierta variedad de asuntos no principales pero sí coadyuvantes anima el conjunto merced, por ejemplo, a la utilización de la literatura como ocurre con las serranillas del Arcipreste o con el sainete de don Ramón de la Cruz.

Desde la dedicatoria del libro, Galdós resulta una presencia reiterada que preside, ya en forma de recuerdo literario —«Habíamos ido [los jóvenes redactores de *Electra*] a esos barrios bajos de la mano de Galdós. Nos arrastraba lo pintoresco, la huella de la Historia, de la madre Clío, que nos enseñaba por dónde se escondieron los héroes de los *Episodios Nacionales* y se acercaban al pueblo los de las *Novelas Contemporáneas*». El segundo de los apartados, «El Madrid de Don Benito» (data de 1919), es continuación del anterior pero ahora el protagonismo se desplaza de la ciudad al escritor y es una muestra más de la admiración que Bello sentía por el autor de *Fortunata y Jacinta*; Galdós, que «ha perpetuado un siglo», el XIX, ha hecho esa perpetuación «con amor» y tomó a Madrid —sus cosas y sus gentes— como campo

de experimentación, así «en la concepción amplia del engranaje de las vidas humanas» como en lo que pueden ser pormenores, haciendo uso, llegado el caso, del humor y bien lejos de la frialdad o impasibilidad que se le achacó y que Bello niega.

Una conferencia, «La moral y el Cine» (Madrid, teatro de la Comedia, 26-XI-1912), constituye el apartado tercero y Bello lo subtitula «ensayo de costumbres madrileñas» para que así quede justificada su inclusión. Es uno de los más tempranos acercamientos al séptimo arte de un literato español cuyo trabajo no insiste en los aspectos técnicos sino en otras realidades, sociológicas particularmente, pues sus reflexiones tratan, por ejemplo, de la «fuerza social» del cine, puesta de manifiesto en la asistencia a las salas de las gentes pueblerinas que vienen a Madrid y en cuyos «cerebros y corazones elementales» producirá sin duda un efecto turbador que supone, en primer lugar, la adopción de usos y costumbres que nos llegan de otros países, preparando en aquéllas sitio para una moral distinta a la propia.

Plenamente dentro del contenido madrileñista del libro queda el cuarto apartado, «Paisajes madrileños», una serie de cuadros o estampas compuestos entre 1900 y 1919, basado alguno en sucesos del momento (caso de «El incendio de las Salesas»<sup>32</sup>; ejemplo otros (como «De la Bombilla a los Viveros», lograda pieza costumbrista) de la capacidad narrativo-descriptiva del autor. Con la placidez y la alegría de «Fiesta de otoño en el Parque del Oeste» contrasta la negrura de «El Depósito» (de cadáveres), visión deprimente de una realidad trágica, a la que parecen sumarse el cielo —«pálido y frío»-, el campo —«silencioso»- y el río —aquí de «curso raquíutico».

Cierra el libro «Nuevo arte de vivir», subtitulado «ensayo de costumbres literarias», apartado cuyo encaje resultaría atendible si tales costumbres se localizaran en los ambientes madrileños, donde viviría el posible destinatario de la reflexión: un joven colega al que se le indican caminos y posibilidades, entre otros varios como que se escude en la vocación («algo grande e indefinido»), que no pretenda encerrarse en la estéril torre de marfil y, en su lugar, se instale en la realidad; el talento no basta para conseguir el éxito y debe acompañarse con la habilidad que consiste en el conocimiento y observancia de «una política (que hay) en la república de las letras», necesaria para avanzar, etc.; impresión, en definitiva, la transmitida por Bello al joven colega, aprendiz o alevín de escritor, muy poco optimista..

Bello conoce bien Madrid porque sin duda la ha pateado abundantemente y en sus indicaciones al respecto se juntan a ese conocimiento, el interés y la simpatía por el objeto tratado si bien no falten censuras de claro resabio noventayochista ante determinados abandonos e incomprensibles actitudes. Diríase que estamos frente a

---

<sup>32</sup> El edificio de las Salesas Reales fue construido por deseo de Fernando VI y de su esposa doña Bárbara de Braganza hacia 1758; incautado por el Estado en 1870, en él se estableció el Palacio de Justicia (que alberga la Audiencia, el Tribunal Supremo y los Colegios de abogados y procuradores). Fue arruinado en el pavoroso incendio de mayo de 1915 de cuyas consecuencias habla sentidamente Bello en el artículo «Las ruinas de las Salesas» (*La Esfera*, Madrid, 4-III-1916).

un retrato más que nada topográfico de un Madrid datado en el tiempo –desde principios del siglo XX– en el que comparecen lugares, edificios, personas, personajes y hechos diversos de bien diferente jerarquía, más el arte, la política y la historia. La precisión descriptiva; una matizada y original adjetivación y una vigilada y no muy abundante frecuencia comparativa; cierta carga culturalista, de naturaleza literaria principalmente, en forma de alusiones a libros y autores<sup>33</sup> creo son los más notorios rasgos estilísticos de este volumen.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO  
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

### Bibliografía

- Amorós, Andrés (1973), *Vida y literatura en «Troteras y danzaderas»*, Madrid, Castalia.
- Anónimo (1935), «Anoche murió en Madrid don Luis Bello», *El Sol*, Madrid, 7-XI-1935.
- Araquistáin, Luis (1928), «Homenaje necesario», *El Sol*, Madrid, 24-III-1928.
- Azorín (1927), «Un misionero». Sirve como prólogo del tomo III de *Viaje por las escuelas de España*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Baroja, Pío (1978), *Final del siglo XIX y principios del XX*, tomo VII de sus Obras Completas, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Baroja, Ricardo (1989), *Gente del 98*, Madrid, Cátedra.
- Bello, Luis (1907) *El tributo a París*, Madrid, M. Pérez Villavicencio
- \_\_\_\_ (1919), *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid*, Madrid, Editorial Saturnino Calleja
- \_\_\_\_ (1926), *Viaje por la escuelas de España*. Madrid, Magisterio Español.
- \_\_\_\_ (1973), *Viaje por las escuelas de Galicia*, edición preparada por Gonzalo Anaya, Arealonga, Akal Editor, Madrid.
- \_\_\_\_ (1985), *Viaje por las escuelas de Asturias*, Introducción de José Esteban y Epílogo de Juan Benito Argüelles, Gijón, Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias.
- \_\_\_\_ (1994) *Extremadura*. Edición y estudio preliminar de Encarnación Lemus López. Mérida, Editora Regional de Extremadura.

---

<sup>33</sup> Anotaré tres a «Clarín», más llamativas por datadas en un momento en el cual era más bien baja la estimación crítica de que gozaba Leopoldo Alas.



\_\_\_\_\_ (1995) *Castilla y León*. Edición y estudio introductorio de Agustín Escolano. Valladolid, Ámbito.

\_\_\_\_\_ (1998) *Viaje por las escuelas de Madrid*. Edición y estudio introductorio de Agustín Escolano. Madrid, Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid.

Cansinos Assens, Rafael (1925), *La nueva literatura. Las escuelas*, Madrid, Editorial Páez.

Carretero, José María, «El Caballero Audaz» (1917) *Lo que sé por mí (cuarta serie)*. Madrid

Darío, Rubén (1926) *Epistolario-I, Obras Completas de Rubén Darío*, XII. Madrid.

Díez-Canedo, Enrique (1935), «La muerte de Luis Bello», *El Sol*, Madrid, 24-XI.

\_\_\_\_\_ *Conversaciones literarias (tercera serie: 1924-1930)*, México, Joaquín Mortiz.

Espina, Antonio (1928), «Sobre *Viaje por las escuelas de España*», *Revista de Occidente*, Madrid, XIX, número 56.

Esteban, José (1972), «Un centenario olvidado: Luis Bello», *Triunfo*, Madrid, número 515, 12-VIII, pp. 43-44

Fernández Gutierrez, José María (2000), *La Novela Semanal*, Madrid, CSIC.

García Sanchiz, Federico (1959), *Tierras, tiempos y vida. Memorias* Madrid, Altamira,.

González Ruano, César (1951), *Mi medio siglo se confiesa a medias. Memorias*. Barcelona, Noguer.

Insúa, Alberto (1959), *Amor, viajes y literatura. Memorias*, Madrid, Tesoro.

Mori, Arturo (1932), *Crónica de las Cortes Constituyentes de la Segunda República Española*, Madrid.

Ossorio y Bernard, Manuel (1903), *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid.

Rojo Ovies, Josefina (1979-1980), «Noticia de Luis Bello (1872-935) y de su libro *Viaje por las escuelas de España*», *Archivm*, Universidad de Oviedo, XXIX-XXX, pp. 115-143.

Ruiz Albéniz, Víctor («Chispero») (1944), *¡Aquella Madrid...! (1900-1914)*, Madrid.

Sainz De Robles, Federico (1971), *Raros y olvidados. (La promoción de El Cuento Semanal)*, Madrid, Prensa Española.

\_\_\_\_\_ (1975), *La promoción de EL CUENTO SEMANAL, 1907-1925. (Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española)*, Madrid, Espasa-Calpe.

Sampelayo, Juan (1972), «Un centenario literario madrileño: el de Luis Bello», *ABC*, Madrid. 15-II.

Sassone, Felipe (1958), *La rueda de la fortuna. (Memorias)*, Madrid, Aguilar.

Trapiello, Andrés (1997), *Los nietos del Cid. La nueva Edad de Oro de la literatura española (1898-1914)*, Barcelona, Planeta.